

La razón imaginativa. Juan José Cambre

Desde que empezamos a conversar con Juanjo Cambre sobre su exposición en CRUDO, hay una frase que él deslizó en una entrevista que le hicieron hace unos años (y que repitió reformulada en una de nuestras charlas) que se incrustó en mí como una suerte de llave o de umbral desde el cual asomarme a su trabajo: “todos los colores tienen su momento”. La frase lleva implícita la relación que en su obra los colores –siempre planos y plenos– entablan con el tiempo y, consecuentemente, con el modo en que los observamos. Un amarillo, por caso, nunca es el mismo a lo largo, incluso, de la misma serie. Parece el mismo pero no lo es, justamente porque cada uno tiene su “momento”, cada amarillo esta superpuesto sobre otra capa de color –en este conjunto de obras ha trabajado principalmente con los opuestos– a través de delgadas y sutiles veladuras. Pero, como sabemos, para implementar esta técnica pictórica tan utilizada en el Renacimiento, la capa inferior de pintura debe estar perfectamente seca, es decir, debe pasar cierto tiempo para aplicar sobre ella la próxima, y así sucesivamente. De esta manera, en las obras de Juanjo los colores dejan traslucir no solo los tonos, formas, líneas, chorreados y manchas de las capas inferiores sino que se vuelven también las marcas del paso del tiempo, el testimonio del desarrollo previo a la visualización de esa imagen como un todo acabado y cerrado sobre sí mismo.

Al igual que ha hecho en series anteriores, Cambre se traza un plan de trabajo, se impone sus propias reglas y las respeta a rajatabla. El desafío está, precisamente, en sacarle el máximo provecho a las posibilidades demarcadas por esas reglas autoimpuestas: los colores provienen de una paleta gráfica (quizás un guiño afectivo a su padre imprentero) y se circunscriben a los primarios y sus opuestos o complementarios; la composición responde a un diseño previo racionalmente calculado, o como él dice, intuitivamente calculado. Y si bien un Cambre es un Cambre –sus monocromos ya son un clásico e impregnan el espacio con la fineza de carácter de su autor– su modus operandi se percibe mejor en secuencia, en la cadencia de la repetición, yendo de una pieza a la otra, de una serie a la siguiente, tomándonos nuestro tiempo para adivinar los cálculos previos, el juego de las proporciones y, especialmente, el modo en que un mismo color actúa de manera diferente en relación a otro, de acuerdo al orden en el que él los haya dispuesto.

Según Walter Pater, ensayista e historiador del arte inglés de fines del siglo XIX, todas las artes aspiran siempre a reunir las condiciones de la música, esa perfecta fusión entre materia y forma, entre forma y contenido. Walter Pater también fue mencionado por Juanjo en una de nuestras charlas y, de hecho, su pintura ha sido vinculada por la crítica con la interpretación musical –una lectura de su obra que él valida– y que fluye con facilidad al asociar sus pinturas con una melodía y su estructura de sonidos y pausas (en Cambre podríamos sustituir sonidos por colores) que se desarrolla en el tiempo y que aspira a permanecer fusionada a las emociones de las que surgió y a las que pueda provocar. Pater se referió a esa compleja facultad por la cual cada pensamiento-sentimiento nace anudado a su equivalente sensible como la “razón imaginativa” y no se me ocurre un mejor título que ese para esta presentación.

Florencia Battiti